

Homilias del Domingo Cuarto de Cuaresma

+ Lectura del santo Evangelio según San Juan

En aquel tiempo, al pasar Jesús vio a un hombre ciego de nacimiento.. Y sus discípulos le preguntaron: “Maestro, ¿quién pecó: éste o sus padres, para que naciera ciego?”. Jesús contestó: “Ni éste pecó ni sus padres, sino para que se manifiesten en él las obras de Dios. Mientras es de día tengo que hacer las obras del que me ha enviado: viene la noche y nadie podrá hacerlas. Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo”. Dicho esto, escupió en la tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego, y le dijo: “Ve a lavarte a la piscina de Siloé” (que significa Enviado). Él fue, se lavó, y volvió con vista.

Y los vecinos y los que antes solían verlo pedir limosna preguntaban: “¿No es ése el que se sentaba a pedir?” Unos decían: “El mismo” Otros decían: “No es él, pero se le parece”. El respondía: “Soy yo”. Y le preguntaban: “¿Y cómo se te han abierto los ojos?” Él contestó: “Ese hombre que se llama Jesús hizo barro, me lo untó en los ojos y me dijo que fuese a Siloé y que me lavase. Entonces fui, me lavé, y empecé a ver”. Le preguntaron: “¿Dónde está él?”. Contestó: “No sé”.

Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. También los fariseos le preguntaban cómo había adquirido la vista. Él les contestó: “Me puso barro en los ojos, me lavé y veo”. Algunos de los fariseos comentaban: “Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado”. Otros replicaban: “¿Cómo puede un pecador hacer semejantes signos?”.

Y estaban divididos. Y volvieron a preguntarle al ciego: “Y tú, ¿qué dices del que te ha abierto los ojos?”. Él contestó: “Que es un profeta”. Le replicaron: “Empecatado naciste tú de pies a cabeza, ¿y nos vas a dar lecciones a nosotros? Y lo expulsaron.

Oyó Jesús que lo habían expulsado, lo encontró y le dijo: “¿Crees tú en el Hijo del Hombre? Él contestó: “¿Y quién es, Señor, para que crea en él?” Jesús le dijo: “Lo estás viendo: el que te está hablando, ése es”. Él dijo: “Creo, Señor”. Y se postró ante él.

Palabra del Señor

Homilias

(A)

PARA VER MÁS HONDO

Un joven vivió hace ya un tiempo, una tremenda enfermedad de los ojos que amenazaba con dejarle sin vista. Y contaba, en vísperas de su operación, que su madre no dejaba de rezar y rezar. "No sé para qué rezas tanto -le dijo el joven-. Tú sabes que las probabilidades de recuperación de la vista son mínimas". Y le llegó, conmovida, la voz de su madre: "Hijo, es que no rezo sólo para que veas mejor, sino sobre todo para que veas más hondo".

Seis meses después, tras una operación afortunada, el joven decía que ha recuperado bastante más que la vista, que su enfermedad le ha ayudado a entender mejor el mundo, a organizar mejor su vida, a revisar la escala de valores, poniendo en primer plano cosas antes olvidadas y haciendo regresar al papel de minucias muchas de las luchas que antes le obsesionaron como fundamentales.

Lo tremendo es que tengan que venir los grandes golpes de la vida para que empecemos a "ver" cosas elementales, que seamos todos "ciegos que ven" o que creen que ven, cuando tal vez se les está escapando el mismo jugo de la vida.

Efectivamente, ver bien es mucho más importante que ver, y la mayor parte de las cegueras es, con frecuencia, tener el alma amodorrada. Y así es como hay en el mundo millones de personas que creen ver el mundo que les rodea, cuando en realidad sólo se ven a sí mismos... Todos necesitamos ser curados de la vista para ver las cosas con mucha más claridad y sin deformaciones, para vemos y ver a los demás con más objetividad, sin aumentos ni reducciones, sin deformaciones ni daltonismos.

Escuché la confidencia de tres personas: Un religioso que estuvo a punto de ser asesinado, un sacerdote que iba a ser operado de corazón a vida o muerte, gravísimo, y un seglar al que se le declaró un cáncer fulminante. Los tres dijeron exactamente lo mismo: "En estos momentos se me han abierto los ojos y veo las cosas de distinta manera... Lo que antes me parecía muy importante, en estos momentos me hace reír"...

Lo Triste del caso es empezar a ver y valorar las cosas cuando ya casi no hay tiempo para actuar.

Nosotros mismos nos damos cuenta de cómo nuestra visión de la realidad se ha vuelto mucho más lúcida con el paso de los aftos. ¡Lo que hemos cambiado en la visión de las cosas desde nuestra adolescencia!

Hoy nos reímos de aquella ingenuidad y simpleza con que veíamos la vida, el matrimonio, el trabajo, el amor A este respecto, hay que preguntarse:

¿Hemos cambiado en la misma medida en la visión de las realidades trascendentes: el sentido de la vida, los valores esenciales, el amor, los bienes de este mundo, la fe o seguimos con la visión miope de un adolescente o de un niño?

¿Qué hemos de hacer para curar los ojos del espíritu?

- Admitir que podemos estar medio ciegos, que tal vez vemos borrosa o deformadamente las cosas, las personas, a nosotros mismos, a los demás, a Dios, la vida, los valores verdaderos. Por eso, lo prudente es tener una sospecha saludable y, desde luego, estar seguros de que padecemos algún defecto de visión.

- Hacer como el ciego: acercarse a Jesús, pedirle a gritos la curación: "¡Señor, que vea!". Es la oración del que sabe que necesita ser salvado. Este acercarse a Jesús implica "escucharle" para asimilar su pensamiento, criterios, valoraciones sobre las distintas realidades, para hacer nuestra su sensibilidad y poder ver las cosas como él las ve.

- Para ser curados por el Señor necesitamos, como el ciego, dejarnos tocar por él. Jesús le ungió los ojos con barro. El evangelista alude con este gesto a los signos sacramentales mediante los cuales Jesús actúa. Dejarse tocar por el Señor es recibir el gesto del perdón en el sacramento de la reconciliación, participar de su cuerpo en la Eucaristía.

- Para ser curados por el Señor de nuestras deficiencias en la visión necesitamos un ambiente comunitario. Compartiendo con los demás la visión que cada uno tiene de las cosas, del mundo, de la fe, de la vida...

Necesitamos vivir nuestra fe en comunidad. Con toda razón afirma el dicho castellano: "Ven más cuatro ojos que dos".

Toda la vida del cristiano es tiempo de iluminación, pero especialmente la Cuaresma. Dejémosnos curar por el Señor. Con una visión más clara de la realidad seremos más felices y nuestra felicidad rebosará hacia los demás. ¡Qué satisfechos y felices se sienten los operados de cataratas que han recobrado una visión clara! Más felices todavía se sienten los que, en el orden psicológico, empiezan a ver claro. El Señor Jesús se nos ofrece como médico y como luz. ¿Quién va a ser el insensato que no se deje curar por él?

(B)

Abrir los ojos a Jesús

La curación del ciego de nacimiento es una larga narración con dramatismo interno. El ciego curado abre progresivamente sus ojos a dos realidades: a la luz y a la confesión de Jesús como Mesías. Por eso esta semana es llamada la semana de la luz. El dramatismo se teje en torno a dos prototipos de personas: Los que ven, porque ven, no creen. El que no ve, porque cree, ve. Las ganas de ver pusieron al ciego en manos de un desconocido que le impuso cosas ordinarias para ver: lavarse en la piscina de Siloé (la piscina del Enviado). Obedeció lo sencillo y en ello encontró lo deseado.

Este episodio del ciego, aunque no es el único en el evangelio, es el más extenso y donde el evangelista dramatiza mejor. Lo que se nos describe es un camino de fe, el ciego, y un callejón sin salida, los fariseos.

El ciego se deja hacer, se deja llevar por el encuentro con Jesús, entra en una dinámica que le conduce a ver y reconocerse como hombre nuevo. Es como esos encuentros que tenemos en un momento de nuestra vida. Nos topamos con alguien que, sin saber muy bien ni cómo ni por qué, nos abre los ojos a lo que nosotros no sospechábamos, nos ayuda a dar sentido a nuestra existencia, comienza a significar algo para nosotros, a ser íntimo nuestro, a formar parte de los «buenos amigos» y de las personas que no olvidamos. Mirando hacia atrás, nos decimos: «¡Qué casualidad la de aquel día cuando nos encontramos!». Encuentros casuales que se convierten en decisivos: cambia algo de nuestro entorno y hacemos sitio a alguien en nuestro corazón. Esta es también la experiencia del ciego del evangelio de hoy.

El ciego hace sitio a Jesús sin creer todavía en Jesús. El ciego defiende a Jesús antes de creer en Jesús porque para él es imposible que quien hace cosas semejantes no sea «importante». Más adelante terminará confesando su fe en Jesús. La confesión en Jesús es precedida por la obediencia, la admiración y la defensa.

Obstinados en no querer ver lo que tienen delante, los fariseos se encierran, contra toda lógica, en sus posturas. El ciego aprovecha para proclamar y alabar la obra de Dios en él.

Todo lo que Dios hace en nosotros está pidiendo agradecimiento y reconocimiento. ¿Cómo van a saber los que no creen que Dios es bueno si llamamos las obras de Dios en nosotros? Las obras de Dios interrogan a los hombres de buena voluntad y ciegan a los soberbios.

¡Cuántos hoy se acercan al Señor porque han visto signos pequeños en los que resplandece la gloria de Dios!

Que el Señor sea tu luz y tu salvación; que el Señor guíe tus ojos hacia las maravillas que realiza para nuestra salvación. Un rayo de luz puede cambiar tu vida

(C)

CAMINOS HACIA LA FE

El relato es inolvidable. Se le llama tradicionalmente "La curación del ciego de nacimiento", pero es mucho más, pues el evangelista nos describe el recorrido interior que va haciendo un hombre perdido en tinieblas hasta encontrarse con Jesús, «Luz del mundo».

No conocemos su nombre. Sólo sabemos que es un mendigo, ciego de nacimiento, que pide limosna en las afueras del templo. No conoce la luz. No la ha visto nunca. No puede caminar ni orientarse por sí mismo. Su vida transcurre en tinieblas. Nunca podrá conocer una vida digna.

Un día Jesús pasa por su vida. El ciego está tan necesitado que deja que le trabaje sus ojos. No sabe quién es, pero confía en su fuerza curadora. Siguiendo sus indicaciones, limpia su mirada en la piscina de Siloé y, por primera vez, comienza a ver. El encuentro con Jesús va a cambiar su vida.

Los vecinos lo ven transformado. Es el mismo pero les parece otro. El hombre les explica su experiencia: «un hombre que se llama Jesús» lo ha curado. No sabe más. Ignora quién es y dónde está, pero le ha abierto los ojos. Jesús hace bien incluso a aquellos que sólo lo reconocen como hombre.

Los fariseos, entendidos en religión, le piden toda clase de explicaciones sobre Jesús. El les habla de su experiencia: «sólo sé una cosa: que era ciego y ahora veo». Le preguntan qué piensa de Jesús y él les dice lo que siente: «que es un profeta». Lo que ha recibido de Él es tan bueno que ese hombre tiene que venir de Dios. Así vive mucha gente sencilla su fe en Jesús. No saben teología, pero sienten que ese hombre viene de Dios.

Poco a poco, el mendigo se va quedando solo. Sus padres no lo defienden. Los dirigentes religiosos lo echan de la sinagoga. Pero Jesús no abandona a quien lo ama y lo busca. «Cuando oyó que lo habían expulsado, fue a buscarlo». Jesús tiene sus caminos para encontrarse con quienes lo buscan. Nadie se lo puede impedir.

Cuando Jesús se encuentra con aquel hombre a quien nadie parece entender, sólo le hace una pregunta: «¿Crees en el Hijo del Hombre?»

¿Crees en el Hombre Nuevo, el Hombre plenamente humano precisamente por ser expresión y encarnación del misterio insondable de Dios? El mendigo está dispuesto a creer, pero se encuentra más ciego que nunca: «¿Y quién es, Señor, para que crea en él?»

Jesús le dice: «Lo estás viendo: el que te está hablando, ése es». Al ciego se le abren ahora los ojos del alma. Se postra ante Jesús y le dice: «Creo, Señor». Sólo escuchando a Jesús y dejándonos conducir interiormente por él, vamos caminando hacia una fe más plena y también más humilde.

(D)

¿Mejor que sigan ciegos?

El relato del ciego de nacimiento al que Jesús devuelve la vista se presta a muchas lecturas. Y lo primero que me viene a la mente es ¿de cuántos ciegos se habla aquí?

Está el ciego de nacimiento.

Están los fariseos que tampoco quieren a ver el milagro.

Están los mismos padres que no quieren meterse en líos.

Y está otra realidad bien importante:

Todos le reconocen mientras está ciego.

Nadie quiere reconocerle cuando recobra la vista.

Ciego no es solo aquel que en su vida ha visto los colores.

Ciegos somos cuantos no vemos lo que tendríamos que ver:

Ciego es el que no acierta a ver a los demás como hermanos y sólo los ve como “compradores”, “vendedores”, “consumidores”.

Ciego es el que no quiere ver las necesidades de los hermanos, y sólo ve la propia billetera, su chequera o su granero.

Ciego es el que sólo ve con los ojos de la cara, pero su corazón y su espíritu carecen de ojos.

Ciego es el que no acierta a ver la acción de Dios en la historia o en nuestra vida.

Por eso me encanta la reflexión que hace Mariola López cuando escribe: necesitamos cristianos capaces de “descubrir puertas donde antes veíamos muros”. “Hoy nos tientan muchas ceguras: no se ven los que no cuentan económicamente y hay millones de personas consideras

invisibles. Estamos amenazados por la ceguera de la seguridad, y los diferentes nos resultan extraños.

Vivimos cegados por la prisa y la auto concentración; y las fracturas humanas, las divisiones de cualquier rango, embotan nuestros sentidos y nos ciegan sobre nuestra unidad esencial”.

Tal vez nosotros mismo podamos tener buena vista, pero pareciera nos encanta ver ciegos a los demás. Todo el mundo conocía el ciego mientras era ciego. Nadie dudaba de su identidad. El problema surgió cuando el ciego recobró la vista. Ahora nadie quiere reconocerle. Para unos es él mismo. Para otros simplemente se parece. Para otros no es él.

¿No nos estará sucediendo algo parecido a nosotros?

Preferimos que la gente siga ciega-ignorante porque es más fácil de manejar.

Preferimos que la gente siga ciega, y no reconozca sus derechos, porque así nos complica menos nuestra vida.

Preferimos que la gente siga ciega, y no sea consciente de las injusticias que sufre, porque así no reclama sino que se resigna.

Preferimos que los mismos creyentes no conozcan la verdad de la Iglesia, porque así se sienten menos incómodos.

Preferimos que los mismos creyentes no conozcan los defectos que se esconden en la Iglesia tapados con demasiadas prohibiciones y condenas, así guardamos más el silencio.

El problema está cuando la gente comienza a ver porque alguien le ha abierto los ojos. Entonces ese “no es profeta”, sino es un revoltoso social.

Entonces ese “no es profeta”, sino alguien que se mete en política.

Cuando la Iglesia se pone a favor de los marginados y les habla de sus legítimos derechos ya se está metiendo en líos, como Jesús, porque pone en riesgo y peligro la estabilidad y las ansias y egoísmos de los poderosos.

¿No ha sido, en parte, éste el problema de los indígenas de nuestras selvas peruanas?

Cuando algún misionero les abrió los ojos, se revelaron y reclamaron sus derechos.

Fe entonces que muchos se enteraron de que nuestros indígenas y ribereños existían.

Y recién se enteraron que abnegados misioneros les abrieron los ojos sobre sus legítimos derechos a sus tierras, a sus ríos y a su salud.

Cuando al Premio Nobel A. Muhammad Yunus, conocido como el “banquero de los pobres se le preguntó: ¿Cuál era la mejor lección que aprendió de los pobres? su respuesta fue clara: “Lo más grande que he aprendido es que cada ser humano posee un potencial ilimitado; la lástima es que nos conformamos con arañar la superficie”.

El diálogo del ciego, que ahora ve, con los fariseos ¡cuánto se parece a los reclamos sociales de los que hasta ahora estaban ciegos de sus derechos! “Nosotros sabemos que ese es un pecador”. “Empecatado naciste tú de pies a cabeza, ¿y nos vas a dar lecciones a nosotros? Y lo expulsaron”. También hoy se expulsa a los que comienzan ver. Y también se quiere expulsar y aún sacar del país a quien se atreve a abrir los ojos de los que no veían.

(E)

Pedid y se os dará

El tiempo de Cuaresma es un tiempo litúrgico por el que solemos pasar de puntillas. Nos motiva más prepararnos para la Navidad, que suscita mejores sentimientos, y vivimos con pasión la Pasión. La Cuaresma, con su tinte gris de ceniza y sus días largos, dedicados a meditar sobre las dificultades de nuestra vida cristiana, las tentaciones y los peligros, se convierte en una época con pocos adeptos. Como mucho, nos fijamos en la parte gastronómica de la cosa (¡ay!, el potaje de vigilia que hacía mi madre), y poco más.

Desde Navidad y los propósitos de Año Nuevo, han pasado varias semanas. En las tres últimas hemos vivido en el desierto, subido a la montaña, y nos ha entrado una sed que sólo se sacia con el agua que nos da Jesús. Ahora topamos con otra necesidad vital: no vemos nada de nada, y no nos gusta estar a la vera del camino, sin enterarnos de qué va la fiesta y dependiendo de la buena voluntad ajena.

Será por eso que el ciego, un poco harto de su situación, pensando en resolverla de una vez y llevado de su fe (o del espíritu de ¿qué puedo perder?) espera a Jesús y desea con fuerza que se detenga. Recuperar el sentido de la vista es lo mejor que le puede pasar. Y el ciego reza en su interior para que ocurra lo que tanto desea.

¿Qué pedía el ciego? ¿Qué pediríamos nosotros en su lugar? Pedir ver, que se nos abran los ojos, tiene sus riesgos. Si nosotros sólo queremos ver, simplemente, como cualquier otra persona; disfrutar de las puestas de sol y del desfile de las nubes; sonrisas, paisajes, belleza... quizá un buen cirujano de ojos nos resuelva la papeleta. Pedirle a Jesús que nos devuelva la vista es otro cantar. Porque todos podemos –y debemos- pedirle ver bien. Los ojos que abre Jesús descubren realidades inéditas que no ven los demás ojos. Cuando vemos como ve Él nos asomamos al mundo en el que la adúltera es perdonada, el que enterró los talentos es expulsado y a los niños se le anima a estar en el centro, junto al invitado principal. Las personas son lo que guardan en su interior, y las normas están para estirarlas más allá de su mero cumplimiento. La vista que devuelve Jesús sirve para ver lo mejor y para fijarse en el objetivo de llevar a cada uno a su máximo potencial. Con los ojos de Jesús se ve el Reino, no el mundo. Por eso el ciego no sabe donde se mete cuando acepta que le pongan barro en los ojos. A partir de ese momento es un apestado para los fariseos, y se encuentra listo para que Jesús sea su Señor.

Pedimos tantas cosas todos los días... Nos sentimos ciegos, cojos, sordos y empobrecidos. Sólo con mirar a quien tenemos al lado se nos ocurren montones de cosas que nos faltan. Pero no somos conscientes de nuestras verdaderas carencias. Nuestros ojos no ven y nuestros oídos no oyen. Sólo cuando Jesús pasa a nuestro lado y aceptamos su compañía nos sentimos preparados para aceptar al Señor como jefe.

Debe ser que nuestra oración no está muy bien orientada, porque nunca pasamos de tener una agudeza visual mediocre. Si nos dan lo que pedimos, y tenemos lo que tenemos, es que no pedimos bien. Nos da miedo que se nos abran los ojitos demasiado, y empezar a ver cosas, realidades frente a las que es imposible quedarse cruzados de brazos. No queremos conocer realidades, sólo disfrutar de las vistas.

El ciego de la historia no sabía qué iba a pasarle, pero confió en Dios y una vista nueva se le ofreció para hacerle vivir una vida nueva. Nosotros le insistimos al Padre para que nos dé lo que -creemos- es su verdadero espíritu. Es urgente pedir capacidad de aceptar lo que Él quiera enviarnos. Por mucho miedo que tengamos de lo que pasaría si aceptáramos los dones del Padre, peor será quedarnos con los sentidos cerrados para siempre.

(F)

Lo que cuesta creer en el cambio

Recuerdo que cuando sucedió el accidente aéreo con todo el equipo del Alianza Lima, el único sobreviviente fue el piloto. El pobre hombre en vez de gozar de la dicha de sobrevivir, fue sometido a tantos interrogatorios, que en un momento exclamó con estas palabras más o menos: “Hubiera sido mejor haber muerto también.”

Yo creo que el ciego curado por Jesús sufrió tal persecución por parte de los fariseos que a toda costa querían negar el milagro de Jesús, que me imagino que en algún momento también él hubiese preferido seguir ciego. Porque mientras no veía todos pasaban a su lado y nadie se metía con él, lo veían bien así. Lo que luego no pudieron soportar es que “recobrase la visión”.

Dudaron de Jesús. Dudaron que Jesús fuese un profeta milagroso. Y lo peor, comenzaron a poner en duda la identidad misma del ciego. Hasta debieron preguntar a sus padres, quienes sí confesaron ser su hijo y que había nacido ciego, pero de ahí para adelante no quisieron complicarse la vida y él mismo, caliente de tanta duda, exclamó: “Ya os lo he dicho, ¿para qué queréis os lo diga otra vez.” “Si es pecador yo no lo sé; sólo sé que yo era ciego y ahora veo.”

¿No es esto lo que nos sucede a todos cuando alguien que ha llevado una mala vida, decide cambiar y convierte su corazón a Dios? La verdad es que no le creemos, sigue pesando su pasado sobre su presente. Todos lo conocemos por su pasado, nadie quiere reconocerle por su presente.

Por eso uno de los grandes problemas de los malos que se hacen buenos es cómo lograr que ahora la gente los acepte, descubra su nueva identidad y se olviden de lo que un día fue.

¿No es este el problema de los que algún día pasaron por la cárcel o cayeron en la adicción a la droga? ¿Alguien está dispuesto a darle trabajo, a abrirle las puertas? Y luego todos nos lamentamos de que regresen a las andadas... No es que regresen, sino que nosotros mismos no los dejamos salir de su infierno del mal y de la droga.

Por eso me encanta el gesto de Jesús. Cuando oyó que lo habían expulsado fue a su encuentro y le dijo: "¿Crees tú en el Hijo del hombre?" "¿Y quién es, Señor?" "Lo estás viendo, Él que te está hablando, ese es". Y ahí se consumó la curación del ciego: "Creo, Señor. Y se postró ante Él."

Ahora el que antes era ciego, ve y ve más que los demás porque logra ver lo que los fariseos no lograron ver: "A Jesús como el Hijo del hombre."
¿No nos pasará a nosotros lo mismo, que los que un día eran malos ahora son mejores que nosotros?

P. Juan Jáuregui Castelo